

Aprender a nadar, *Moonlight*: todo es azul y el amor no se dice

Brenda Ríos

Moonlight

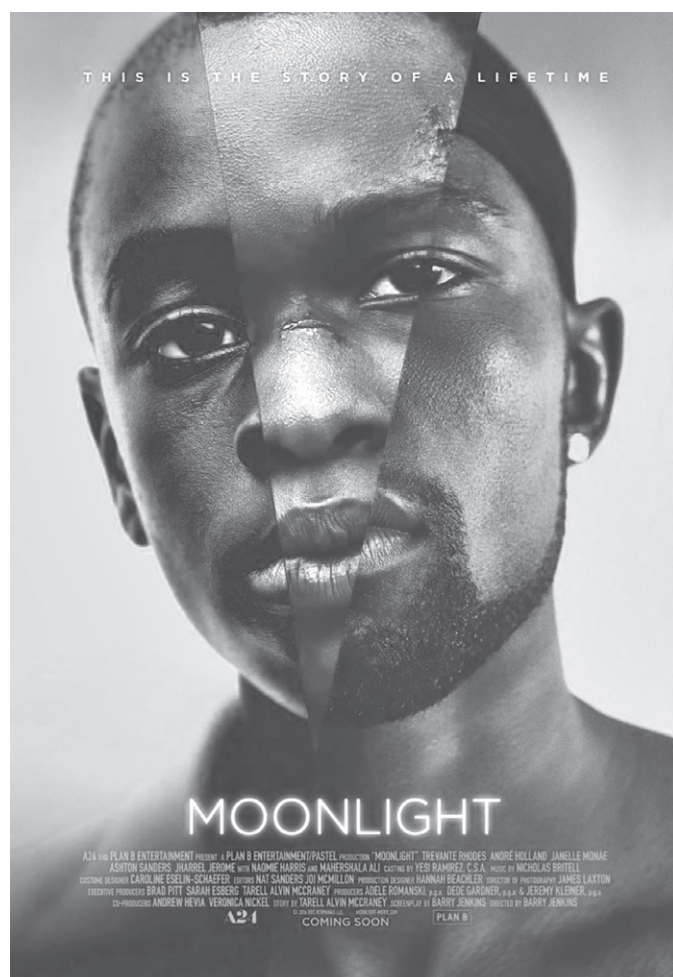
Dirección de Barry Jenkins

Estados Unidos, 2016, 111 minutos.

ES MIAMI, PERO ESO LO SABEMOS porque estaba en la corta reseña del cine. No hay indicios de la ciudad. Una playa, suburbios, gente negra. Drogas. Un niño protagonista. Y ya tenemos la historia para pensar en gansters y adictos. O drama de superación. Los prejuicios son más grandes que la mente. Van más rápido quiero decir. Pero no. Por fortuna mi mente se equivocó. El protagonista se llama Chiron, un chico al que vemos crecer y enfrentar la infancia, la adolescencia y la vida adulta. Una saga de él mismo. Nace, crece, le pasan cosas. Enfrenta los retos, sobresale y no hay visión paternalista que termine explicando cómo se salvan las personas. No hay redención. Expiación. Es la vida de un hombre joven que aprendió a defenderse de los demás. Aprendió el silencio y el cuerpo volcado hacia sí mismo, intocado.

Sentir por primera vez, el agua, el cuerpo.

No es fácil sentir, y menos hablar de ello. Los sentimientos son además puestos a un lado, como si uno supiera que, una vez que salgan de donde están, no hay modo de meterlos de vuelta. Un mueble armable que nunca queda como en la imagen del manual y siempre le sobran piezas. Aprender a distinguir qué se siente. La primera vez que te enseñan a nadar. La primera vez que confías en alguien. Hablar. Decir cosas. Sin miedo a que te critiquen. Estar en confianza. Jugar. Eso que imagino está en la infancia de muchos y luego no. Chiron tarda en salir del caparazón. Encerrado en el sótano que es él mismo. Aprendió —y lo hizo bien— a ocultarse. Lo molestarían menos si fuera invisible y eso hizo. Hasta para sí mismo. Cuando llegaba de la escuela y veía a su madre tirada en el sofá, drogada, resistía con un estoicismo no



exento de valor. Incluso cuando conoce a alguien que sería su figura paterna, incluso con él, tardaría años en aprender a abrirse. Él le enseñó a nadar. Como en esos cuadros de La Piedad pero aquí no está Jesús muerto: un hombre enseña a nadar a un niño, le enseña a confiar, soltarse, flotar en el agua. La visión de Juan el bautista. Chiron será otro. Confió en alguien. Y puso en ello su vida.

Estar abierto es estar expuesto. Uno es un lienzo y los demás pueden poner ahí pinceles o navajas. La analogía sufre de exceso de drama pero eso busco. El hecho de que Chiron haya sido una persona “real” (la película está basada en la obra de teatro autobiográfica *In Moonlight Black Boys Look Blue* de Tarell Alvin McCrane) no tiene la mayor importancia. Y sí. Al final, cuando uno es espectador, lector, público, pone su vida en suspenso para ver pasar la vida de alguien más. La osadía de estar en el cine, a oscuras, con alguien que da por hecho que esos relatos que pondrá ante nosotros valen la pena para estar ahí dos-tres horas callados (de preferencia), es enorme. Y lo hacemos. Quizá más con el cine que con las artes visuales pero lo hacemos. Uno va a eso.

Hace años, en el Tate Modern vi el cuadro de Richard Dadd, el pintor que estuvo en un hospital psiquiátrico. Había matado a su padre. El cuadro le tomó unos diez años. El parricida pone en ese cuadro la culpa y el deseo absoluto del asesinato. Estuve obsesionada varios días, dando vueltas a los motivos, la lucha, el deseo de una persona por el asesinato y la culminación de una pintura.

Con Chiron imaginé todas las salidas posibles: la escuela, los amigos, el trabajo, todo eso que damos por hecho “encauza” y forma. No es posible no sentirse tocado, como se dice en inglés la palabra *conmover*. Era un niño. En un barrio de negros. Un barrio marginal y pobre en las afueras de una ciudad gloriosa en un país que promete hacer ricos a quien lo desee fervientemente y trabaje por ello. Porque si algo tiene Estados Unidos es que es el portal de lo posible, el sempiterno optimismo, el triunfo del dinero como un bello arte.

Padre

El hombre que lo ayuda y se convierte en su padre es el hombre que le vende drogas a su madre. Cuando Chiron crece y su padre muere, él se vuelve el *dealer* de la zona. Vestido de igual manera, hace carrera con lo que aprendió del negocio. Será él quien proveerá a las mujeres como su madre,

quienes dejarán de atender a sus hijos y etc. Pareciera que no pueden escapar del sino. Lo inusitado, la vuelta de tuerca, lo que no podríamos esperar en una mentalidad/cultura acostumbrada al cine de gánsters o de dramas insípidos es que el personaje tenga y se deje ganar por los sentimientos y no por la obsesión por destacar, el triunfo. De eso se trata todo. Un hombre que es un niño, que es un adolescente, aprendió que el amor significa comprensión. Un amigo lo comprendió. Y él logró amarlo. De tal manera que cuando es hombre adulto y este amigo le llama, toda la vida que él llevaba deja de tener sentido. Su cadena de oro, sus clientes, su auto, su música a todo volumen, su negocio, se ve enfrentado a lo que quería/pensaba ser. Y dejó todo para regresar a Miami, a él, a su amigo y a él mismo. Vidas atravesadas por la cárcel, la derrota, la pobreza, el fracaso, el crimen. Vidas que en un *twist* se volvían de un lado del bien o del mal. Y tienen que ser puestas una frente a la otra para notarlas.

La idea del cuerpo que no se toca si no es por razones fundamentales me parece excepcional. Chiron no es un personaje del amor romántico como podríamos creer de modo equívoco (esperar a la persona ideal, el amor que se ha idealizado por tanto tiempo). La espera de Chiron para amar es otra cuestión. Es no ensuciar el cuerpo. El amor debe ser algo limpio. Algo transparente. Y él amó. Amó tanto que se quedó intocado. Un cuerpo virgen. Este hombre con malicia empresarial, llevado por los designios de su profesión, logra una personalidad casi teatral, fingida, capaz de guardarse, cerrarse, dormirse emocionalmente.

Quedan en verse. El amigo estuvo en la cárcel y ahora es cocinero de un Deli. Chiron le confiesa que después de él nadie ha tocado su cuerpo. Es un dios virgen. Sólo podría ser tocado por la boca o mano de quien logró hacerlo. La demiurgia sensorial, un dios nos hizo y sólo ese dios puede resolver lo que somos. Nadie más.

La historia de una persona/personaje no puede ser sólo de él. Porque uno se hace por y hacia los otros. La misma madre de Chiron será un *leitmotiv* de enfrentamiento, búsqueda y resolución. Nunca fue un hombre duro. La belleza reside en su construcción personal, íntima, en su rendirse cuentas. Por eso la historia, la suya, tiene la grandeza de lo mínimo: un hombre que aprende a ser hombre. A reconocerse y saber qué es sentir, hablar, tocar. Básico, pero es lo más crucial que puede hacer alguien por sí mismo. 